



SAMUEL BECKETT

QUIZA ante autor tan singular como Samuel Beckett, en tantos periódicos españoles más vituperado que criticado — como sucede, por ejemplo, con Ionesco —, lo que importa, en revista mayoritaria, es tomar una posición antes que intentar una crítica precisa.

El teatro de Beckett nos plantea, desde su propia concepción, un importante y saludable problema. Nada menos que el de la revisión de los valores, en cuyo nombre se estiman o desestiman las piezas dramáticas. En otra medida, venía a plantear lo mismo la reciente presencia de Unamuno en nuestro María Guerrero.

Entiendo, y lo escribo sin pretensiones iconoclastas y con toda la humildad que afirmaciones de este tipo demandan, que nuestro teatro habitual — es decir, el teatro que gusta a la burguesía española, definida por un nivel de cultura, de conformidad y de economía — apunta hacia una serie de objetivos sobre cuya importancia auténtica cabe esgrimir muchas objeciones. En este teatro se ha establecido una escala de valores, se han considerado esenciales una serie de elementos, en cuyo nombre puede excluirse, con toda lógica, el teatro de Samuel Beckett. Y muy especialmente «La última cinta de Krapp», obra desagradable, difícil y literariamente caótica.

La cuestión está en si lo agradable, lo fácil y lo literariamente bien organizado — y aquí caben todos los ismos tradicionales — son valores decisivos. Es decir, si no cabe una pieza importante que sea desagradable, difícil y caótica. O, dando un paso más, si estos tres ásperos adjetivos no pueden encuadrar una dramaturgia de primer orden.

Yo creo que sí. Estoy convencido que sí. Mi experiencia cotidiana, lo que veo alrededor, lo que leo en los periódicos, los testimonios de experiencias ajenas, me obligan a rechazar toda identificación entre el arte — y, por tanto, entre el drama — y el confort o el paternalismo moral. De uno de los escritores españoles que hoy más atacan a Beckett he leído un verso, escrito en la hora de Hitler y sus campos de exterminio, en el que se hablaba de los paracaidistas nazis como de ángeles caídos del cielo armados de metrallitas. No entiendo, sinceramente lo escribo, cómo después de proponer una imagen de este tipo cabe echar de menos un teatro morigerado y bonancible.

El teatro de Beckett — teatro antidialéctico, que por esta misma razón debiera ser entendido por cuantos aplauden esas comedias de apariencia amable y, en realidad, carentes del más mínimo sentido — es, se quiera o no, el testimonio de una realidad, desarmonizada y no sometida a carpintería teatral ni planificación lógica. Si los espectadores escucharon con tanta atención la representación de «La última cinta de Krapp», monólogo del actor Italo Ricardi, es porque, con frecuencia, Beckett alcanzó a penetrar el muro de convenciones del espectador. Una palabrota, un término desagradable, y el espectador se ponía a la defensiva. Sabía en seguida a qué carta quedarse. «Aquello no estaba bien que se dijera en un escenario». Pero cuando Beckett presentaba a su personaje en el punto cero de su confusión — más allá de la contradicción simplemente moral, más en el fondo de la que tiene el suicida, infinitamente más seria que la del simple hipócrita —, cada espectador adoptaba una actitud nueva en él. Naturalmente, esta atención no podía verse recompensada con un «mensaje» final. Beckett solo ofrece, por vía intuitiva — al modo de los poetas —, su personal configuración de la anarquía y el desarraigamiento humanos.

El que esto sea, en definitiva, un camino dramático de cortas perspectivas, o el que uno entienda que a Beckett, como a la convención naturalista, haya que oponer una dialéctica realista, que se esfuerce por profundizar los temas desde perspectivas distintas al subjetivismo, no resta valor a la presencia del irlandés — vecino de París — en la historia del teatro contemporáneo.

A través de Beckett cabe plantearse muchas cuestiones de muy complejo orden. Por eso la representación de «La última cinta de Krapp», por Italo Ricardi, bajo la dirección de José Guevara, ha sido un acontecimiento importante y destacado en la vida teatral madrileña.

J. M.

!!! UN EXITO MUNDIAL QUE AHORA SE REPITE EN ESPAÑA!!!



RAF VALLONE
JEAN SOREL
MAUREEN STAPLETON

CON
RAYMOND PELLEGRIN
MORRIS CARNOVSKY

PRESENTANDO A
CAROL LAWRENCE

¡EL DRAMA DE
UNA OBSESION
AMOROSA!



PANORAMA DESDE EL PUENTE

SEGUN LA OBRA DE ARTHUR MILLER
GUION DE NORMAN ROSTEN

mac.

DIRIGIDA POR SIDNEY LUMET • UNA PRODUCCION DE PAUL GRAETZ
ES UN FILM PARAMOUNT